

Información, comunicación e historia¹

Information, Communication, and History

José Carlos Bermejo Barrera
Universidad de Santiago de Compostela (España)
josecarlos.bermejo@usc.es

Resumen

En este artículo se propone un modelo global en el que, partiendo del concepto de modo de información, se establecen tres sistemas distintos de su producción, transmisión y circulación social. A saber: el modo de la cultura exclusivamente oral, el de las culturas de la escritura y el de los sistemas de información y comunicación de base electrónica y digital. Cada uno de estos sistemas crea un modelo propio de configuración de la memoria social y consecuentemente de acercamiento posible al pasado. Es esa memoria social la que crea las identidades colectivas y la que permite integrar al individuo en el grupo. Los acercamientos al pasado dependen parcialmente de las técnicas de investigación disponibles, pero es el modo de información el que permite o no su desarrollo. Partiendo de este modelo, se propone como única salida posible, para defender la vigencia de la historia y las ciencias sociales, considerarlas como modelos imprescindibles para poder analizar la información en el presente, debido a que gran parte de esa información proviene del pasado.

Palabras clave

Modo de información, sistemas de comunicación social, memoria colectiva, identidades colectivas, funciones de la historia

Abstract

In this article we shall suggest a pattern in which, taking the concept of mode of information as starting point, three different systems concerning its production, transmission, and social circulation are to set up. This includes: the mode of culture exclusively oral, that of written cultures, and that of information and communication systems based upon electronic and digital supports. Each one of them is capable to generate its own configuration model of social memory, and thus a possible approach to the past, the social memory being the one that gives raise to collective identities and allows to integrate the individual into the group. The approaches to the past depend partially upon available research techniques, but is the mode of information the only one that permits or not their development. Starting from this model, it is suggested that the only way out to defend the importance of history and social sciences, is to regard

¹ El texto fue presentado en lengua gallega como discurso de apertura del curso 2022-2023 de la Universidad de Santiago de Compostela.

them as fundamental models capable of examining the information into the present, due to fact that the great amount of that information comes from the past.

Keywords

Mode of information, social communication systems, collective memory, collective identities, functions of history

Se dice que uno de los pecados capitales que puede cometer un historiador es el anacronismo, que consiste en creer que el pasado tenía que haber sido como lo es ahora el presente, y que, por eso, el futuro también será más o menos similar. Con el fin de evitar esta tentación, sería conveniente destacar que las universidades como instituciones apenas tienen ocho siglos de existencia, y que la humanidad ha transmitido sus saberes durante milenios a través de otras instituciones y otros medios, y que quizás algún día vuelva a hacerlo en nuevos marcos legales e intelectuales.

Pero, si es verdad que somos herederos de ocho siglos de vida universitaria europea, también lo es que cada época ha privilegiado unos saberes ante los demás, y que las ciencias reinas de las universidades de la Europa medieval y moderna lo fueron el derecho y la teología, quedando relegadas las llamadas humanidades a aquella fase preparatoria de los estudios realmente universitarios. Si en otro tiempo el prestigio correspondía a juristas y teólogos, y solo en una pequeña parte a los médicos, por ser los encargados de cuidar la salud de los cuerpos, mientras los teólogos cuidaban la del alma y los juristas la del estado, no cabe duda de que hoy el prestigio corresponde al conjunto de saberes de los que nacen las técnicas útiles en la vida económica, social y en el mundo militar, lo que puede hacernos caer en la tentación de creer que, así como en la Edad Media se decía que la filosofía debía ser solo la *ancilla theologiae*, ahora la universidad debería ser el auxiliar de quienes saben crear riqueza o ejercer las artes del gobierno en la paz y en la guerra.

Por el riguroso turno que marca el reloj de los años me corresponde hablar en nombre de la Facultad de Xeografía e Historia, heredera de la Facultad de Filosofía y Letras y que comparte muchas cosas en común con los colegas que se afanan en el cultivo de la filosofía, las filologías, ciencias más afines a la historia, la historia del arte y la geografía de lo que una visión miope podría entrever.

Como el mundo en que no tenemos más remedio que vivir se rige por unos intereses y unos valores aparentemente ajenos a aquellos que, en la medida de nuestras fuerzas, intentamos encarnar quienes en la USC tenemos el privilegio de ser profesores de la Facultad de Xeografía e Historia; un privilegio que nunca deberíamos dar por descontado, sino que tendría que ser considerado como algo a conseguir día a día, podría caer en la tentación de captar la benevolencia de mis oyentes, intentando explicar que los miembros de mi facultad también podemos ser muy actuales, utilizando para ellos argumentos de todo tipo. Pero como ni yo, ni ninguno de mis colegas, aspiramos a lograr el premio Nobel del anacronismo, del que ha sido indudable merecedor el profesor Stanley Bing, autor del libro: *Rome, INC. The Rise and Fall of the First Multinational Corporation*, publicado en el año 2006 en una colección de estudios empresariales, en el que sostiene, por ejemplo, que el mito de los gemelos Rómulo y

Remo, amamantados por una loba, no es más que un nítido ejemplo de los inconvenientes que tiene compartir el liderazgo corporativo. O bien que participar en la empresa multinacional del Imperio Romano se recompensaba con incentivos y remuneraciones diversas; abandonaré definitivamente este camino de perdición.

Creo que mi misión, como portavoz intelectual, que no institucional, de mi facultad es hacer comprensible la lógica de nuestra labor y el sentido que tiene en el ámbito social y político en el que vivimos, que no es precisamente el de convertir a las piedras en panes, sino algo muy diferente, y lo es porque debemos distinguir, tal y como recomendaba I. Kant aquellas cosas que tienen valor de aquellas que tienen dignidad, la dignidad consubstancial a la naturaleza humana.

Me gustaría reivindicar, en primer lugar, la idea de la unidad del conocimiento. Todos nuestros conocimientos derivan de la experiencia sensorial, de nuestra capacidad de crear conceptos y de argumentar, y de nuestra capacidad innata de hablar, sin la cual sería imposible la transmisión del conocimiento. Un científico experimental utiliza esas tras capacidades, pero también lo hacen quienes cultivan los saberes abstractos, el derecho, las humanidades, la medicina y las ciencias de la vida. Todos los saberes poseen esa raíz común, que deriva del conocimiento que nos permite desenvolvemos en el mundo físico y social, lo que varía es la forma en la que lo hacen y no la naturaleza del conocimiento en sí mismo.

Los historiadores, y me permitiré utilizar esta palabra para referirme por igual a quienes cultivan mi oficio que a los historiadores del arte, geógrafos, filólogos y filósofos, nos movemos en el marco de las ciencias hermenéuticas, también llamadas en otras épocas ciencias de la cultura, del Espíritu y ciencias humanas y sociales. Nuestra labor consiste en buscar e interpretar indicios, tal y como hacen el forense, el juez, el biólogo, el geólogo, y el astrofísico.

Cada uno de ellos en su campo intenta reconstruir un acontecimiento pasado que ya no podrá volver a repetirse: ya sea un crimen, la vida y la extinción de una especie, la formación de los continentes, o el estado del universo hace miles de millones de años. Para todos ellos la realidad es un proceso que se puede reconstruir parcialmente de un modo racional, estableciendo métodos que permitan detectar los indicios, recopilarlos, interpretarlos y, partiendo de ellos elaborar modelos interpretativos y teorías.

Los indicios siempre han de ser físicos, pero pueden ir desde las radiaciones cósmicas a los estratos geológicos, los fósiles, los artefactos y herramientas, los textos y las imágenes del pasado que se han conservado hasta el presente. Los indicios de los historiadores tradicionalmente han sido los textos, pero a ellos se han añadido los objetos de todo tipo, obra del trabajo humano, o no, los restos de los seres vivos y las huellas de la actividad de la naturaleza y la humanidad que quedan registradas en el territorio.

Es con todos estos medios como desde hace unos 300.000 mil años, por lo menos, generación tras generación la humanidad intentó dar cuenta de su pasado con su lenguaje, sus ritos, sus gestos y con la construcción de formas de organización social que permitieron dar a cada persona una identidad y una memoria que a la vez siempre ha sido personal y colectiva.

Sólo hace unos 5.000 años algunas culturas comenzaron a crear la escritura en el Próximo Oriente, quedando el resto de la humanidad en lo que fue y sigue siendo su modo de comunicación básico: el mundo de la oralidad. En ese mundo toda la transmisión de los conocimientos y la construcción de las identidades y memorias personales y colectivas dependió exclusivamente de unas lenguas que no se podían registrar, y que por esa razón iban muriendo a la par de la extinción de cada grupo.

Es en ese mundo oral en el que tendremos la primera construcción de las ideas de pasado y memoria e identidad colectiva, que solo se verán transformadas cuando se generalice la escritura, se haga posible su difusión, y cuando en el siglo XX se creen los medios de comunicación de masas, que serán a la vez orales y escritos y que en diferentes soportes están en la actualidad haciendo posible la vida social y la creación de las memorias personal y colectiva.

Si el astrofísico ha de observar el cosmos, el geólogo la Tierra y el biólogo los seres vivos, de la misma manera los historiadores, filólogos y filósofos no podremos nunca inventar la evidencia, sino que deberemos siempre dejar hablar a los datos de la experiencia. Y eso es lo que haremos a continuación intentado reconstruir cual fue lo que podríamos llamar la actitud natural o espontánea de las sociedades que no consideraron que la historia debiese ser el modo principal de dar cuenta de lo que fue nuestro pasado.

Para ello utilizaremos, en primer lugar, textos del pasado que reflejan estas ideas y experiencias acerca de lo que significaron nuestros antepasados y cuál es la relación que desde el presente podremos mantener con ellos. El primero de ellos será el *Qohélet*, un libro, atribuido a rey Salomón, que fue escrito en griego a mediados del siglo II a. C. en una época convulsionada por las crisis económicas y las guerras. Un libro que forma parte de la *Biblia* cristiana, pero no de la judía.

Comienza *Qohélet* por decir:

Porque los vivos saben que han de morir, pero los muertos no saben nada, y no hay ya paga para ellos, pues se perdió su memoria. Tanto su amor como su odio, como sus celos, ha tiempo que pereció y no tomarán parte nunca jamás en todo lo que pasa bajo el Sol (9,56).

Ello indica claramente que considera que no hay continuidad entre las generaciones, ni posibilidad alguna de mantener la memoria de los antepasados, destinados a disiparse en las tinieblas del olvido.

Nuestro autor tiene una filosofía muy completa de lo que es la historia y la vida humana, cuyos aspectos sintetiza en estos conocidos versos:

*“Todo tiene su momento y cada cosa
su tiempo bajo el cielo:
Su tiempo el nacer,
y su tiempo el morir;
su tiempo el plantar,
y su tiempo el arrancar lo plantado.
Su tiempo el matar*

*Y su tiempo el sanar;
Su tiempo el destruir,
Y su tiempo el edificar.
Su tiempo el llorar
Y su tiempo el reír;
Su tiempo el lamentarse,
Y su tiempo el danzar.
Su tiempo el lanzar piedras,
Y su tiempo el recogerlas;
Su tiempo el abrazarse
Y su tiempo el separarse.
Su tiempo el buscar
Y su tiempo el perder;
Su tiempo el guardar
Y su tiempo el tirar.
Su tiempo el rasgar
Y su tiempo el coser;
Su tiempo el callar
Y su tiempo el hablar.
Su tiempo el amar
Y su tiempo el odiar;
Y su tiempo la guerra
Y su tiempo la paz”*

(3,1-9)

No podemos decir que no sea plenamente consciente de todo lo que es la vida humana individual y colectivamente, y que no sea capaz de comprender todo el abanico de nuestros sentimientos. Lo que ocurre sencillamente que cree que al final los humanos, que solo somos parte de la naturaleza, acabaremos por disolvernó en ella, que sin embargo esencialmente seguirá siendo igual a sí misma.

Así dice:

Humo y nada más que humo –dice Qohélet– humo y nada más que humo, todo es humo ¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el Sol? Una generación va y otra viene, pero la tierra para siempre permanece. Sale el Sol y luego se pone, corre hacia su lugar y vuelve a salir. Sopla hacia el sur el viento y gira hacia el norte; gira que te gira sigue el viento y vuelve a girar. Todos los ríos van al mar y el mar nunca se llena; al lugar donde los ríos van allá vuelven a fluir. Todas las cosas se agotan. Nadie puede decir que no se cansa el ojo de ver ni el oído de oír.

*Lo que fue será
Lo que se hizo eso se hará.
Nada nuevo bajo el Sol.*

Si algo hay de lo que se dice “Mira eso sí que es nuevo, aun eso ya sucedía en los siglos que nos precedieron. No hay recuerdo de los antiguos como tampoco de los venideros quedará memoria en los que después vendrán...”

He observado cuanto sucede bajo el Sol y he visto que todo es viento e intentar atrapar vientos

(Qohélet,1)

Por esa razón no le ve sentido alguno al intentar conservar ni nuestra memoria ni la de nuestros antepasados:

“Pues que le queda a aquel hombre de toda su fatiga y esfuerzo con que se fatigó bajo el Sol. Pues todos sus días son dolor y su oficio penar; y ni aun de noche su corazón descansa. También esto es humo” (2,22).

El autor del *Qohélet* es un judío helenizado y por lo tanto miembro de un pueblo que no parece haber querido dejar intencionadamente recuerdos a través de los grandes monumentos, como los que construyeron los faraones y grupos privilegiados del antiguo Egipto. Pero en esa cultura podemos ver también esta actitud natural hacia nuestro pasado, que parece ser el olvido. Tal y como expresa el conocido *Canto del arpista* en la literatura egipcia:

*Generaciones y generaciones desaparecen y se van,
otras se quedan, y esto dura desde los tiempos de los antepasados,
de los dioses que existieron antes
Y reposan en sus pirámides.
Nobles y gentes ilustres
Están enterrados en sus tumbas.
Construyeron casas cuyo lugar ya no existe.
¿Qué ha sido de ellos?
¿Dónde están sus moradas?
Sus muros han caído;
Sus lugares ya no existen,
Como si nunca hubieran sido.
Nadie viene de allá para decir lo que es de ellos,
Para decir que necesitan,
Para sosegar nuestro corazón hasta que abordemos
Al lugar donde se fueron.
Por eso, tranquiliza tu corazón.
¡Que te sea útil el olvido!
Sigue a tu corazón
Mientras vivas.
Acrecienta tu bienestar,
Para que tu corazón no desmaye
Sigue a tu corazón y haz lo que sea bueno para ti.
Despacha tus asuntos en este mundo.
Hazte por tanto el día dichoso
Y no te canses nunca de eso
¿Ves? Nadie se ha llevado sus bienes consigo
¿Ves? Ninguno de los que se fueron han vuelto.*

Puede ocurrir que, al contrario que en Egipto, una antigua ciudad sea abandonada y se conserve como una ruina en el desierto. En este caso, como podemos ver en este texto sumerio la idea de fragilidad del pasado y del triunfo del olvido se expresa de la misma manera en esta *Lamentación por la destrucción de la ciudad de Ur*, un texto

sumerio compuesto después de la destrucción de esta ciudad por parte de los elamitas, los pueblos bárbaros de las montañas. En él la diosa de la ciudad entona este lamento.

*Cuanto me afligía por este día de tempestad,
Este día de tempestad, que tenía destinado,
Sentenciado, que me desgarraba,
A mí, una mujer,
Aun cuando temblaba por este día de tempestad,
Este día de tempestad que tenía destinado,
Sentenciado, que me desgarraba,
Este cruel día de tempestad que tenía destinado;
No pude huir ante la fatalidad de este día.
Bruscamente, avizoré que ya no habría días felices en mi reino,
Que ya no habría días felices en mi reino.
Aun cuando temblaba ante esta noche,
Esa noche de cruel llanto que tenía destinada,
No pude huir ante la fatalidad de la noche.
Tuve miedo de la destrucción arrasadora que la tempestad traería,
Y, de pronto, en mi lecho, de noche,
Sobre mi lecho, de noche, no se me concedió el sueño.
Y de pronto, en mi lecho el olvido,
Sobre mi lecho no se me concedió el olvido.
Porque este amargo llanto estaba destinado a mi país,
Y no podría, aun cuando recorriera la tierra,
Como una vaca buscando
A su ternero,
Unir de nuevo a mi pueblo,
Porque. Este amargo dolor estaba destinado a mi ciudad,
Aun cuando hubiera agitado mis alas, como un pájaro,
Y, como tal, hubiera volado a mi ciudad,
Aun así, mi ciudad habría sido destruida hasta sus cimientos,
Aun así, mi ciudad hubiera sido destruida hasta sus cimientos,
aun así habría perecido Ur, en dondequiera que se encontrase.
Porque el día de la tempestad había alzado su mano,
Y a pesar de que hubiera gritado con todas mis fuerzas:
“Retrocede, ¡oh día de la tempestad, vuelve a tu desierto,
la tempestad se habría precipitado sobre mí.*

En la cultura sumeria se creía que no se podía recuperar el pasado, aunque dejase impresionantes indicios con sus templos y ciudades en ruinas en medio del desierto. El único pasado que se podía imaginar era el pasado mítico, cuando se creaba la ficción de un paraíso, al que naturalmente, nunca sería posible volver.

Un pasado sin violencia, sin miedo, sin enfermedad, en el que era posible la abundancia y la felicidad sobre la Tierra, tal y como expresa este otro texto.

*En otro tiempo hubo una época en que no había serpiente
Ni había escorpión
No había hiena, no había león;
No había perro, no había lobo;*

*No había miedo ni terror;
El hombre no tenía rival.
En otro tiempo hubo una época en que los países de Shubur y de Hamazi
El gran país de las leyes divinas del principado
Uri, el país provisto de todo lo necesario,
El país de Martu, que descansaba en la seguridad,
El universo entero, los pueblos al unísono
Rendían homenaje a Enlil en una sola lengua.*

Estamos en el Antiguo Oriente, miles de años antes de nuestra era. Pero es curioso comprobar cómo, si pasamos a nuestra propia cultura y a un medio literario en el que se conocía la historia escrita, la idea de la fragilidad humana y de la imposibilidad de mantener vivo el recuerdo del pasado se mantiene en estos versos de Jorge Manrique:

*Dexemos a los troyanos,
que sus males no los vimos
Ni sus glorias.
Dexemos a los romanos
Aunque oímos y leímos
Sus victorias.
No curemos de saber
Lo de aquel siglo pasado
Qué fue dello;
Vengamos a lo de ayer
Que también es olvidado
Como aquello.*

*¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón,
¿Qué se hizieron?
¿Qué fue de tanto galán?
¿Qué fue de tanta invención
como traxieron?
Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras
¿Fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
de las heras?*

Coplas a la muerte de su padre, XV-XVI.

El poeta castellano conoce no solo la historia de su reino, sino también la historia clásica, pero cree que su conocimiento ni es útil ni puede servirnos como consuelo. Da la impresión de que en la Castilla del siglo XV el conocimiento histórico hubiese perdido su sentido, como quizás esté ocurriendo de nuevo. Pero antes de analizar si esto es exactamente así, deberemos primero intentar reconstruir lo que fue y es el mundo de la información, la comunicación y la construcción del pasado en las culturas orales.

Las culturas plenamente orales desarrollaron sistemas muy complejos de recopilación y transmisión del conocimiento partiendo exclusivamente del uso de la lengua oral. En esos sistemas, por ejemplo, consiguieron clasificar a los diferentes tipos de fenómenos y seres en taxonomías muy complejas, siendo en ellas clave el cultivo de la memoria. Es curioso señalar que Platón, un gran filósofo que nos legó una amplia obra escrita, utilizó siempre la forma del diálogo, por creer que gracias a él podía lograr un equilibrio perfecto entre la enseñanza oral, como la que se practicaba en su Academia, y esa escritura que en su opinión traería consigo la muerte de la memoria.

Al no disponer de ningún medio que les permita registrar el lenguaje, que es la base de nuestros conocimientos, sean del tipo que sean, las culturas orales necesitan hacer un uso múltiple de la memoria. En las culturas de cazadores recolectores y en las agrícolas se posee un amplísimo conocimiento de los diferentes tipos de plantas y de usos alimenticios o medicinales. Lo mismo ocurre con los animales que van a ser presas de la caza y de la pesca y con los recursos minerales y de otros tipos. En esas culturas si se quiere orientar a alguien para que pueda seguir un camino no solo no es posible dispone de ningún tipo de mapa, sino que tampoco es posible escribir un itinerario que pueda ser consultado día tras día a lo largo del viaje, por lo que las formas de orientarse en el terreno deben ser transmitidas de boca en boca.

Los lingüistas y filósofos del lenguaje nos han enseñado que nuestra lengua no solo posee un léxico, una morfología y una sintaxis que nos permiten agrupar las palabras y expresarnos y comunicarnos formando oraciones o enunciados, sino que un componente fundamental en la comunicación oral es la llamada pragmática. Dos o más hablantes se comunican en un contexto físico y en un marco temporal determinado en todas las ocasiones. Es ese contexto el que determina muchas veces el significado de las palabras que utilizamos y el sentido de las frases que decimos. La palabra *cortado* pronunciada por un cliente en una cafetería se refiere a una manera de hacer el café, no a una persona tímida ni a la parte separada de un cuerpo o un objeto. Para un cirujano una operación es un conjunto de técnicas que permiten en determinadas ocasiones salvar la vida de una persona o curarle una enfermedad; mientras que para un empleado de banca puede ser solo una transferencia y para un militar la invasión de un país.

Lo que determina el significado de las palabras y el sentido de los enunciados es, pues, en gran parte el contexto social e histórico en el que se generan. Y no solo eso, sino que la presentación corporal de los hablantes, sus gestos y las diferentes entonaciones que le puede dar a las palabras que utilizan hacen que sus significados puedan cambiar radicalmente. Todo esto se pierde una vez que se termina una conversación, por ejemplo, y nada de eso puede ser transmitido en el tiempo, si no existe la escritura. Sin embargo, hay que reconocer, siguiendo a Platón que la escritura tampoco es capaz de transmitir las situaciones pragmáticas, sino que crea un nuevo tipo de lenguaje. La lengua escrita, sobre la que se construyeron las gramáticas desde la Antigüedad es muy diferente a la oral. Su vocabulario es mucho más amplio, la sintaxis de sus oraciones es mucho más compleja y por eso permite construir formas de pensamiento mucho más complejas.

Es imposible analizar una lengua si no se dispone de una escritura que la registre. Desde hace 5.000 años los escribas sumerios y egipcios comenzaron a elaborar léxicos para los aprendices de su oficio y crearon fórmulas para poder redactar los diferentes tipos de documentos. Y a su vez crearon los sistemas numerales, esenciales para la

contabilidad de los palacios y los templos, aprendieron a dibujar planos de edificios y a dibujar mapas relativamente sencillos. La escritura transformó la economía, la sociedad y el pensamiento en el ámbito de las personas letradas. La mayoría de la población, sin embargo, continuó viviendo en el ámbito de la cultura oral.

Un aspecto fundamental del cultivo de la memoria oral es el mantenimiento del recuerdo de los antepasados de cada grupo y el conocimiento de los miembros del mismo mediante sus nombres y sus relaciones de parentesco. El conocimiento de los antepasados y la delimitación de su pertenencia a los diferentes grupos de parentesco es fundamental para poder establecer las reglas de la exogamia, que son las que establecen qué tipos de matrimonios son posibles entre los diferentes grupos, partiendo de la prohibición del incesto. Son esas reglas las que permiten que cada grupo intercambie mujeres con otro. Pero ese intercambio no es un intercambio mercantil, sino algo mucho más complejo, porque de las mujeres en exclusiva depende la reproducción del grupo y su supervivencia en el tiempo, y de ellas depende la crianza de los niños, imposible sin el amamantamiento de los mismos. Por eso en muchos casos las mujeres, además de intercambiadas, fueron raptadas o compradas y vendidas como esclavas.

Para poder trazar el mapa de las relaciones sociales de un grupo y su historia en el tiempo fue esencial la genealogía, imposible sin el cultivo de la memoria. En las culturas no letradas el conocimiento de los antepasados puede extenderse retrospectivamente por muchas generaciones –hasta veinte o más–, mientras que ninguno de nosotros actualmente sería capaz, sin la ayuda de los documentos, de retrotraer su origen familiar hasta, por ejemplo, ocho generaciones, que son dos siglos.

Cuando existen sistemas de parentesco que determinan con quién se debe casar una persona de forma preferente, el conocimiento del pasado es fundamental, pero ese conocimiento solo está vivo mientras vivan las personas que son depositarias de él, quedando los antepasados remotos en el mundo del olvido que habíamos visto en los textos anteriores.

La memoria genealógica, como la memoria en general, está perfectamente integrada en las estructuras sociales. Como persona formo parte de una serie sucesiva de flujos, que irían desde la propia historia del cosmos, a la de la Tierra, la vida y la de mi especie. Pero como ser social toda mi vida: mi forma de hablar y pensar, mis valores, mis costumbres, e incluso las formas de percibir el mundo y analizar mis sensaciones corporales, internas y externas, son el eslabón de una cadena en la que el mundo de mis antepasados desemboca en el mío propio, y el mismo es a su vez otro eslabón de cara al futuro. Es ese mundo un mundo histórico en sí mismo, lo que no quiere decir necesariamente que ese mundo sea el que estudien los historiadores, ni que los historiadores tengan el monopolio de su conocimiento.

En las culturas orales la forma de construir sistemas de conocimiento y teorías sociales y políticas es el mito. Los mitos no son algo aislado sino partes de un sistema complejo que como el lenguaje utilizamos de forma inconsciente. Los niños aprenden a hablar antes de estudiar la gramática, y los adultos, aunque la hayamos estudiado, no somos conscientes de las estructuras sintácticas, ni de las figuras del lenguaje que utilizamos constantemente cuando hablamos. Por eso el carácter inconsciente del lenguaje no coincide exactamente con lo que S. Freud definió como el inconsciente, esa especie de sótano o cuarto oscuro de nuestra vida psíquica.

Las mitologías codifican diferentes tipos de información, a modo de programas informáticos, pero teniendo como soporte físico únicamente la lengua hablada. En los mitos las relaciones de parentesco, las propiedades de los animales y las plantas, las formas de las estrellas y las peculiaridades de la fisiología y la anatomía humanas, como todos los procesos que se refieren a la alimentación, a la sexualidad, a la salud o a la enfermedad se integran en un sistema unitario que integra diferentes niveles de la realidad en una estructura significativa única.

El pensamiento mítico no puede establecer taxonomías y clasificaciones tajantes, como lo hacen las ciencias, que nacen a partir del momento en el que delimitan el tipo de fenómenos que pueden estudiar y el lenguaje que van a utilizar. Cuando Galileo creó la mecánica excluyó de su campo a los seres vivos, que la mecánica no podía explicar a partir de las nociones de masa, velocidad o aceleración, y estableció que esa ciencia tendría un lenguaje propio, muy preciso por ser limitado y unívoco, que sería el lenguaje matemático.

La incapacidad de establecer taxonomías tajantes, como lo son las de la botánica o la zoología y posteriormente de la química, que consiguió reducir todos los elementos existentes a un sistema único, el sistema periódico, que sin duda es una de las mayores creaciones de la mente humana, y la integración casi absoluta del conocimiento en el sistema social bloqueó el nacimiento de las ciencias y de la propia historia en el mundo de las culturas orales.

Esas culturas poseen su pasado y han sufrido numerosos cambios en el tiempo, pero no se perciben a sí mismas como seres que forman parte de un proceso de transformación, tal y como está, en cierto modo, volviendo a ocurrir en la actualidad. Claude Lévi-Strauss les llamó sociedades frías, precisamente porque se concebían a sí mismas como estáticas. Para ellas el universo cultural formaba parte del orden del mundo, como acabamos de ver en el texto del *Qohélet*, que constituía una realidad unitaria que solo podía ser explicada a través del mito, como luego se intentó hacerlo mediante la teología o la filosofía.

En la mitología hay una concepción del tiempo y el pasado que le es propia. El tiempo posee una naturaleza discontinua. Por una parte, podemos distinguir el tiempo de los hombres, que es el que alcanza nuestra memoria genealógica, y ese tiempo está configurado exactamente igual que el tiempo presente, y por otra parte tenemos el tiempo de los dioses, aquel en el que los dioses crearon el mundo, tal y como dicen los mitos sumerios, llamado también el tiempo de los antepasados y el tiempo del sueño, en otras culturas, como las de los indígenas australianos.

Es el tiempo de los orígenes, aquel en el que nació el orden presente del mundo, que es el único orden que se puede concebir, tal y como se parece querer plantear de nuevo en la actualidad. En él el mundo se constituyó físicamente tal y como está ahora, con la tierra separada del cielo y las aguas, con los montes, los ríos y los bosques, con los animales y las plantas, y con las formas de organización familiar y social, política y económica que nunca tendrán que cambiar, y a partir de las cuales se organiza el tiempo con el calendario, los ritmos sociales y la sucesión de las fiestas y los rituales.

Si tenemos en cuenta los rasgos básicos de esta concepción del tiempo podríamos decir que en las culturas orales no hay una concepción neta del pasado histórico, puesto que por un lado tenemos el presente eterno y por el otro el tiempo de los orígenes, sin que entre ellos exista solución de continuidad. El presente para ellas no es un producto del pasado, sino que pasado y presente se funden en una única realidad en la que el tiempo no desempeña ningún papel significativo, tal y como parece estar ocurriendo de nuevo en la actualidad. El tiempo de los orígenes funda el presente, pero no lo produce mediante el cambio, sino a través de actos fundacionales. De este modo se da una paradoja, porque entre ambos tiempos no hay comunicación posible, mientras que a su vez están estrechamente unidos.

Para poder percibir y analizar el pasado es necesario, en primer lugar, poder pensarlo y para ello es necesario establecer una distancia entre el sujeto que piensa y el objeto que es pensado. Esto es lo que no es posible en el mundo de la oralidad ni en el nuevo mundo digital masivo de las redes sociales. En ambos el pasado no puede ser pensado porque se funde con el presente y además el presente tampoco puede ser concebido como tal, porque no puede ser relativizado, y por eso no necesita explicación. Todo proceso de investigación comienza con una duda, a esa duda le sigue una interrogación y una búsqueda orientada a resolverla. Y una vez hallada la solución es necesario no solo saber reconocerla como tal, sino también que se desarrolle un proceso de asentimiento, que permite, individual y colectivamente, asumir e interiorizar el descubrimiento. Si pensamos, como se nos quiere hacer creer, que el mundo es así desde el momento en el que se configuró en el tiempo del sueño, o bien cuando nació el mundo moderno con su orden económico, social y político actual, ese mundo no podrá cambiar sustancialmente, a menos que todo se disuelva y volvamos al caos inicial.

Si el tiempo no explica nada y los cambios no ocurren en él, para que fuese posible un cambio sustancial tendría que disolverse el tiempo y volver a renacer desde los orígenes, ya sea mediante un apocalipsis o una revolución, que traerían como consecuencia el nacimiento de un nuevo orden que volvería consolidarse como un nuevo presente estático.

Esta concepción del tiempo en la que no existe el pasado como objeto que pueda ser conocido, en la que no se da ese proceso de extrañamiento que hace posible que para nosotros ese pasado sea a la vez próximo y extraño, está estrechamente unida a la oralidad como fuente única de comunicación o a los sistemas de generación y control de la información, como los que se están creando en la actualidad, y que están permitiendo que solo unos pocos controlen intelectualmente de un modo casi total a la mayoría. El mundo de las culturas orales fue denominado el mundo de la *comunidad*, frente al de la *sociedad*, por el sociólogo Ferdinand Tönnies. El mundo del status frente al mundo del contrato por parte de H. S. Maine, el mundo de la tribu frente al mundo del estado por parte de L. H. Morgan, y el mundo de las sociedades cerradas, frente al de las sociedades abiertas por parte de K. Popper.

En todos esos mundos es fundamental tener en cuenta que los sistemas sociales son indisociables de los sistemas de comunicación, y que, a su vez, esos sistemas de comunicación dependen de los medios que se puedan utilizar. Unos medios que condicionan el contenido de los mensajes que se pueden transmitir, como señaló el crítico literario Marshall McLuhan cuando, al estudiar el cambio histórico que supuso la difusión del libro con el nacimiento de la Galaxia Gutenberg, estableció el axioma

que afirma, con razón que *el medio es el mensaje*. Nuestro mundo digital es la prueba más palpable de ello.

Si cada sociedad está asociada a un modo de producción también lo está a un modo de información y comunicación. Y es el cambio global de esos modos de producción y comunicación el que se produjo en las culturas del Antiguo Oriente, en las que el nacimiento de la escritura y los sistemas numerales hizo posible que se creasen la aritmética, la geometría, la astronomía y el calendario, la contabilidad y que se registrasen por primera vez los hechos del pasado y los nombres y las vidas de las personas que había vivido en él, a la vez que se creaban versiones escritas de las leyes, los mitos y los rituales y se creó la correspondencia comercial y diplomática. Aunque, eso sí todo ello quedó dentro del grupo profesional reducido y privilegiado de los escribas, a la vez expertos en las artes de la administración y sistematización de toda clase de conocimientos.

Los textos egipcios y mesopotámicos nos transmiten información histórica con una antigüedad milenaria, pero en ellos no existe una verdadera historiografía. Tenemos listas reales de las distintas dinastías, y en las inscripciones y los textos se narran los acontecimientos protagonizados por los reyes y gobernantes, pero ningún escriba se plantea que el pasado pueda explicar el presente.

En el caso de Mesopotamia se conoce el pasado, sobre todo a partir del imperio acadio, cuando se seguía cultivando el sumerio como una lengua literaria casi muerta y diferente a la lengua hablada. Pero los mitos sumerios y acadios son básicamente los mismos y la cultura sumeria pasó así a desempeñar el papel de cultura fundante, de cultura de los orígenes, y por eso no pudo ser un pasado extraño que era necesario explicar. En el caso egipcio la continuidad dinástica hace que dinastía tras dinastía la realeza faraónica se siga conceptualizando como idéntica a sí misma, y por eso el pasado y el presente fueron oficialmente lo mismo, aunque un poeta, como el autor del *Canto del arpista*, vea que su pasado y su concepción de la vida poco tenía que ver con esas personas, a las que llama dioses, que están enterradas en las grandes pirámides.

La concepción del tiempo histórico que podemos observar en el Antiguo Oriente es básicamente la misma que la de las culturas orales, y eso se debe al carácter rituales y religioso de las concepciones del poder político. El orden social y político vigentes se explicaban a través de los actos fundacionales que habrían tenido lugar en el tiempo del mito, en el tiempo de los dioses y los héroes, y sería a partir de esos actos como se habría instaurado el orden del presente, frente al que la única alternativa sería el caos, caos como el que se produciría cuando se disolvía la realeza y resurgían los poderes locales, en el caso de Egipto, o cuando los nómadas invadían el territorio civilizado de los agricultores sedentarios en Mesopotamia. En ambos casos la sociedad no podía cambiar, no podía transformarse, sino limitarse a oscilar de modo pendular entre el orden y el caos.

El nacimiento de la historiografía como género literario tuvo lugar en Grecia, a la par que el nacimiento de la filosofía, de la geometría, de la medicina clínica, del derecho escrito, la oratoria, la gramática, siendo estas dos últimas herramientas fundamentales para los debates políticos y el desarrollo de los procesos judiciales. Todo formó parte de un mismo proceso, y por esa razón en la actualidad el trabajo de los historiadores en general, y más en concreto de los historiadores de la Antigüedad es

indisociable del de nuestros colegas filólogos, por supuesto del de los filósofos y de también de los especialistas en la historia del derecho y el estudio del derecho romano.

Para que ese proceso hubiese sido posible fue necesario que naciese primero la escritura alfabética, y luego la invención de las vocales, que son las grafías que permiten plasmar el sonido real de la lengua hablada, y cuya importancia histórica es comparable a uno de los mayores logros de la mente humana: el descubrimiento del cero, al que los antiguos no tuvieron acceso. Haría falta la imaginación de los hindúes para concebir que el cero es un número, aunque no sea una magnitud, sino filosóficamente casi la nada, y que, añadiendo sucesivamente, al crear la numeración posicional, esa nada que es el cero a un número entero, ese número puede multiplicar su valor de 1 al 1.000.000, milagro que desgraciadamente nunca se produce en nuestras carteras. Y tuvimos que esperar a que los musulmanes trajeran a la Europa medieval este milagro sin el que la mayor de las ciencias modernas no serían nada.

La difusión de la escritura alfabética permitió el incremento del número de personas letradas e hizo posible que la escritura dejase de ser un privilegio de los escribas, naciendo así lo que el filólogo Eric Havelock llamó la revolución literaria del siglo IV a. C., en la que se produjo la difusión y comercialización de los libros de todo tipo, desde los *Elementos* de Euclides, a los *Tratados hipocráticos*, los diálogos de Platón, las obras de Aristóteles y por supuesto las obras de los grandes historiadores: Heródoto y Tucídides, que se proclamaron guardianes de la memoria y encargados de conservar para el recuerdo de las generaciones venideras los hechos de las guerras de los griegos contra los bárbaros, o los estragos que traen consigo las guerras civiles.

Antes de la revolución literaria griega los templos y las ciudades ya habían creado sus calendarios y sus cronologías de sacerdotes y magistrados, asociados muchas veces a los años, al ser designados como epónimos, o lo que es lo mismo como quienes dan nombre al año. Los calendarios numéricos ya habían nacido en el Antiguo Oriente, utilizando a veces bases astronómicas, como el registro de los eclipses del Sol y la Luna, y fueron indispensables para coordinar el trabajo, distribuir las jornadas en las obras pública y fijar las fechas del pago de los impuestos, por ejemplo. En Grecia cumplieron esas mismas funciones a la hora de fijar la duración del mandato de los magistrados, de organizar las sesiones de la asamblea, de los juicios y al regular la sucesión de las fiestas. Y como cada ciudad poseía un calendario propio, y así seguiría siendo en el mundo antiguo hasta que se imponga el calendario juliano, también era fundamental establecer tablas paralelas de nombres de meses y de su duración – diferentes en cada ciudad– y de fechas que permitiesen coordinar celebraciones, como los grandes juegos, razón por la que se creó la cronología marcada por la sucesión de las Olimpiadas, entre otras.

En Grecia el nacimiento de la historia tuvo lugar dentro del ámbito de la literatura. Fue esa la razón por la que Aristóteles en su *Poética* decía que la historia no era una ciencia, lo que en su lenguaje quería decir que no era parte de la filosofía. En su opinión, la tragedia era más filosófica que la historia, porque la historia se limita a decir solo como habían ocurrido las cosas lo que “Alcibíades hizo, o dijo”, pone como ejemplo, y eso es singular e irrepetible, –mientras que la tragedia, que también hablaba de los héroes del pasado, decía las cosas, no como son, sino como debían ser–. Hay que reconocer que ese tópico acerca de la historia sigue vivo en la actualidad, cuando siempre se pone el ejemplo de la lista de los reyes visigodos, que ya pocos historiadores

sabrían recitar de carrerilla. Aristóteles no hace esta afirmación partiendo de un prejuicio sino de una idea, que es la dice que no puede haber ciencia de lo singular y de que todo conocimiento filosófico ha de ser conocimiento de lo universal. Una idea fundamental para que, por ejemplo, llegase a ser posible el nacimiento de la ciencia moderna, con la mecánica racional.

Como la historia era solo literatura, por esa razón solo se estudió en la enseñanza superior dentro de los cursos de retórica. Los griegos se alfabetizaron leyendo y aprendiendo de memoria a Homero y a los principales poetas, de la misma manera que harían los romanos con Virgilio. Los historiadores antiguos pretendieron decir la verdad sin dejarse influir por los poderosos. De hecho, el orador Luciano de Samósata, en su tratado *Cómo se escribe la historia* solo puso tres exigencias al historiador: poder decir la verdad, al haber sido testigo de los hechos que narra, querer decirla y no hacer el juego a los poderosos. Por eso la historia de la historiografía estuvo en la Antigüedad muchas veces relacionada con la historia de la censura, que Luis Gil, maestro de helenistas e historiadores recientemente fallecido, nos había ofrecido ya en 1961 en su excelente *Censura en el Mundo Antiguo*, escrita en un país en el que su propio libro también hubo de pasar por la censura.

Los historiadores griegos escribieron básicamente historia contemporánea, narrando las guerras que habían vivido, en las que habían luchado, y de las que acabarían siendo víctimas, al ser capturados como esclavos, como fue el caso del historiador griego Polibio y del judío Flavio Josefo, que acabaron componiendo sus grandes obras en los círculos literarios romanos, ya fuesen de los Escipiones, o del emperador Vespasiano. Por eso se decía en la Antigüedad que el exilio, que también habría vivido Tucídides, era la condición natural del historiador, antiguo testigo de unos hechos que recopila para librarlos de ese olvido al que están destinados los muertos y los antepasados, como hemos visto en los textos orientales citados.

El historiador, sea o no un exiliado, es un personaje en cierto modo melancólico, como lo sería el filósofo según Aristóteles, quién dedicó un pequeño tratado de su libro: *Problemas*, a contestar la siguiente pregunta: *¿Porqué todos los grandes filósofos fueron melancólicos?*, o lo que es lo mismo, porque el genio puede rozar la locura. Muchos siglos después, en el Oxford del siglo XVII Robert Burton desarrollaría este tema en su enciclopédica *The Anatomy of Melancoly* (1628), firmando con el pseudónimo de *Democritus Junior*, uno de los filósofos estudiados por Aristóteles, antes de acabar por sucumbir a esa misma melancolía en su monacal apartamento oxfordiano en el que una mañana fue hallado ahorcado.

El historiador griego puede escribir desde la nostalgia del exilio y la patria perdida, pero ante todo debía ser considerado como un testigo visual, porque los historiadores no utilizaban apenas documentos o fuentes escritas, de la misma forma que en los procesos judiciales helénicos no se utilizaban como evidencias concluyentes las pruebas materiales, al ser el juicio un enfrentamiento verbal entre las dos partes, en el que los hechos solo podían establecer por los testimonios orales, presentados con argumentos, pero siempre estando sometidos a los moldes que imponía la retórica forense. Si los historiadores clásicos apenas utilizaron los documentos, es porque consideraban que su misión era construir relatos, y que en ellos la persuasión debía ser más importante que los hechos mismos. En la terminología actual se les podría llamar “narrativistas”.

El “narrativismo” es una filosofía de la historia nacida tras la publicación del libro de Hayden White: *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, que defiende que la historia, aunque solo hable de hechos reales y utilice métodos científicos como medios, es básicamente una narración. La obra de H. White tuvo una recepción muy tardía entre los historiadores españoles, pero la idea de que los relatos son las formas que estructuran el conocimiento de la realidad social y nos dan acceso a la información, paradójicamente hoy se ha convertido en un elemento más de la pandemia de las palabras vacías casadas con ideas huecas que muchas veces contaminan lo que debe ser la vida política.

Si la historiografía griega fue menos importante de lo que se suele creer no es solo porque fuese un mero relato, sino porque al estar ausente de la educación primaria, a la que muchos no tenían acceso, tuvo una eficacia muy limitada como sistema de comunicación. A ello también contribuyó la limitada difusión de los libros, que debían ser copiados a mano y escritos sobre materiales muy caros: el papiro y el pergamino, por lo que el acceso a los mismos era en gran parte un privilegio, a pesar de que llegase a haber bibliotecas, no solo para los reyes, sino también en algunas ciudades.

Para que la historia pudiese desplegar todas sus posibilidades comunicativas fueron necesarias dos condiciones. La primera fue la invención del papel, pues permitió tener un soporte barato en el que escribir, y la segunda fue la invención de la imprenta. Sin estas dos invenciones de finales del siglo XV no hubiesen sido posible ni el Renacimiento, ni la Reforma Protestante, que exigió la lectura personal de la Biblia, ni por supuesto el nacimiento y la difusión de las ciencias modernas, que se difundieron en libros, muchas veces censurados, al margen de las universidades, y que hicieron posible, por ejemplo en el caso de la anatomía con Vesalio o Colombo, que se pudiese reproducir de forma más o menos fiable la morfología básica del cuerpo humano, y difundir su conocimiento por Europa con mayor eficacia que la que tuvieron los manuscritos medievales: latinos, árabes o hebreos.

La revolución que supuso la imprenta permitió la fijación de los textos, pero también la normalización de las lenguas de los diferentes reinos, como el francés en la Francia de Francisco I, el castellano en la monarquía de los Reyes Católicos, y el inglés y el alemán literarios, asociados a las traducciones de la Biblia al alemán, por parte de Lutero, o al inglés, en lo que luego vendría a ser la versión *King James* de la misma.

Los textos pudieron ser transmitidos sin los errores y las variaciones que solían introducir los copistas, y a la vez se creó el proceso de normativización de la escritura al establecer unas reglas ortográficas dominantes. La utilización de las lenguas, luego llamadas nacionales, permitió el acceso a la lectura a quienes desconociesen el latín, que continuó siendo el medio básico de la comunicación académica casi hasta el siglo XIX. En esa lengua escribía Isaac Newton. Pero además de ello la imprenta y la difusión de los libros abrieron un nuevo campo a la libertad de interpretación de los textos.

La Reforma protestante exigió la lectura personal de la Biblia. Para que eso fuese posible debía haber en primer lugar Biblias a precio asequible, y los libros tenían que tener amplias tiradas y comenzar a circular de ciudad en ciudad y de reino en reino. Si trataban de asuntos religiosos debían pasar la censura, pero, aunque no fuese así, el nacimiento de la imprenta permitió reproducir libros en distintas partes, con o sin

permiso de sus autores, y por eso se desarrollaron leyes sobre la propiedad intelectual y en contra de la piratería. Un tema que ha sido estudiado con amplitud por Adrian Johns: *Piratería. Las luchas por la propiedad intelectual de Gutenberg a Gates*, y del que en España se conoció un temprano ejemplo con el caso de Avellaneda y la segunda parte del Quijote.

Casi todas las literaturas nacionales tienen un autor arquetípico. Shakespeare lo es para Inglaterra, Goethe para Alemania, Cervantes para España, Camoens para Portugal, Dante para Italia y Rosalía de Castro para Galicia. Pero la historia de Cervantes y *El Quijote*, un libro conocido en Europa poco después de su publicación, y un libro que fue curiosamente la lectura favorita de Karl Marx, es especialmente aleccionadora en el momento presente.

La historia de Don Alonso Quijano el Bueno ha sido objeto de innumerables interpretaciones, y sería una osadía intentar siquiera ofrecer el atisbo de alguna nueva. Lo que nos interesa destacar para nuestro propósito es el hecho que el hidalgo de la Mancha dispusiese de una curiosa biblioteca formada en lo sustancial por novelas de caballería. Fueron esas novelas los primeros libros que la imprenta difundió en España de una forma más o menos amplia.

Es curioso que muchos de esos libros que fueron grandes éxitos en su tiempo hoy han desaparecido y ni siquiera se conserva un ejemplar, como ha señalado José Manuel Lucía Mejías en su libro: *Imprenta y libros de caballerías*. Se imprimieron en Sevilla y Alcalá de Henares utilizando muchas veces tipos de segunda mano y se ilustraron con grabados hechos a partir de las mismas planchas, de manera que servían indiferentemente para casi cualquiera de ellos.

Se trataba muchas veces de: “libros grandes, muy bien encuadernados y otros pequeños”, como dice el cura del pueblo de la Mancha, revisados antes de ser quemados, y de los pequeños dice que “no deben de ser de caballerías”. Esos libros eran grandes porque estaban impresos en formato folio. Al ser libros no estaban al alcance de cualquiera y por eso hubo personajes que se los aprendían de memoria y los recitaban a trozos, a cambio de pequeños pagos, en posadas o plazas, al igual que los ciegos hacían con sus cantares.

Don Alonso fue un gran lector que en la deprimida Mancha de su tiempo quiso redimir al mundo, proteger a los débiles y hacer que el orden social fuese más justo, superponiendo al mundo real su lectura letrada del mundo tomada de las novelas de caballería. Al contrario de lo que ocurre con nuestros mundos digitales y virtuales, Don Alonso no es capaz de sobrevivir en su mundo particular porque sale a los campos, a esos campos muchas veces deshabitados, debido a la bajísima densidad de población del país, y en ellos se encuentra con que los oprimidos son personas mezquinas, los nobles y supuestamente refinados unos personajes zafios, tirando incluso a la majadería, y los nobles y sencillos campesinos unas personas decepcionantes y totalmente pegadas a la tierra por la miseria y el hambre.

Cervantes lleva a cabo una reflexión sobre los libros y la libertad. Condena la quema de libros, paralela a la de las personas que hacía la Inquisición y hace que los afanes de libertad de Don Alonso sean truncados por el cura del pueblo y el bachiller por Salamanca Sansón Carrasco, quién tras su muerte le escribió este epitafio:

*Yace aquí el hidalgo fuerte
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.*

*Tuvo a todo el mundo en pocos
fue el espantajo y el coco
del mundo, en tal coyuntura,
que acreditó su ventura
morir cuerdo y vivir loco.*

Cervantes no solo ridiculizó los saberes del cura y el babero, sino también el mundo de la cultura de su tiempo a través de la *Academia de Argamasilla, lugar de la Mancha*, cuyos miembros, auténticos prodigios literarios, eran capaces de alumbrar portentos poéticos como los dos siguientes:

DEL CACHIDIABLO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA EN LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE.

EPITAFIO

*Aquí yace el caballero
bien dolido y malandante
a quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero*

*Sancho Panza el majadero
yace también junto a él,
escudero el más fiel
que vio el trato de escudero.*

DEL TITQUITOC ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA.

*Reposa aquí Dulcinea,
y, aunque de carnes rolliza
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea.*

*Fue de castiza ralea
y tuvo asomos de dama
del gran Quijote fue llama
y fue gloria de su aldea.*

No deja de ser curioso comparar estos epitafios con los textos orientales con los que habíamos comenzado, cuando llevaban a cabo otras reflexiones sobre la memoria y la muerte. El interés de estos textos y de la aventura delusiva de Don Alonso es que pone de manifiesto que el lenguaje y la realidad no pueden ser ni siquiera tangentes,

sino siempre paralelos en la empobrecida Mancha y la despilfarradora monarquía hispánica de los Austrias.

En el resto de Europa los libros, además de fijar los saberes oficiales en la teología, la liturgia y de continuar sirviendo para codificar las leyes y transmitir el saber pasaron a ser herramientas para la libertad en algunas ocasiones. Debemos tener en cuenta que se imprimían y se vendían sin encuadernar, por lo que era muy fácil hacerlos circular en cuadernillos y saltarse la censura. Nos explican los especialistas en historia moderna que en Galicia los libros luteranos eran introducidos de contrabando por las Rías Bajas, por donde la Inquisición los rastreaba con toda la saña posible.

Hubo paraísos de la imprenta, verdaderas repúblicas de las letras, en las ciudades de los Países Bajos liberadas del dominio hispánico, y muchas veces se imprimían en ciudades próximas a las fronteras de un reino para pasarlos al reino vecino, intercambiando libro prohibido por libro prohibido.

El rey Felipe II, símbolo más aparente que real de toda la intolerancia contra-reformista, hizo coleccionar en El Escorial muchos miles de reliquias, pero también cientos de manuscritos latinos y griegos y disponía para su lectura de todos los libros prohibidos, porque se suponía que no podían corromper a un rey. A veces el que un libro se prohibiese era la mejor garantía de su calidad. El emperador de Austria José II ordenó publicar un libro-catálogo que contenía la lista de todos los libros prohibidos. Ese libro conoció un extraordinario éxito de ventas, no para salvaguardar la integridad intelectual de los austríacos, sino como guía para saber lo que valía la pena comprar. Y es que el emperador José no sabía lo que el filósofo Georg Lichtenberg plasmó en uno de sus aforismos: “*si el agua estuviese prohibida sería riquísima*”, porque el principal interés de lo prohibido es que esté prohibido, en lo que pueda consistir es secundario. Y si no que le pregunten a Eva porque comió de la única fruta prohibida entre todas las especies.

Los libros difundieron ideas al margen de las instituciones, y algunos como la *Encyclopedie* de Diderot y D’Alembert simbolizaban todo un cambio de época. Son fáciles de transportar y esconder. Pueden no ser muy caros y se pueden reproducir por miles. Y además para su lectura solo se requiere luz y saberlos leer. Los libros tienen un texto fijado, pero que puede ser leído de muchas maneras diferentes. Se pueden discutir sus interpretaciones y sus lectores pueden crear grupos o comunidades de interpretación que pueden ser políticos, filosóficas, o literarias. En torno a ellos se crean comunidades imaginarias.

Pero la revolución de la imprenta en la Europa moderna creó también una realidad nueva, las llamadas *hojas volanderas*, que pasaban de mano en mano y de país en país y que podían transmitir textos y datos, pero también noticias. A partir de ellas nació la prensa, que podía ser leída individualmente, en grupos o en lugares de reunión como fueron las cafeterías y los clubs.

La prensa y su circulación permitió conocer el mundo al margen de las autoridades y llegar a la conclusión, como dice el refrán inglés, de que no se debe creer nada hasta que lo desmienta el gobierno. Si fueron posibles las revoluciones inglesa y francesa fue gracias a la existencia de la prensa, de la misma manera que la difusión de la ciencia moderna se llevó a cabo, además de con los libros, que se elaboran

lentamente, con las cartas entre las sociedades científicas, como la *Royal Society*, en la que todos sus miembros debían ser no solo hombres sino además caballeros, para tener una palabra de la que fiarse, y en toda clase de *Noticiarios*, y diarios o *Journals* de las distintas ciencias, antecesoras de nuestras revistas.

Pero si la imprenta dio hálitos a la libertad, también permitió reforzar la autoridad cuando en el siglo XIX se creará el estado-nación, una comunidad basada en una lengua común, fijada como oficial y normalizada ortográficamente, y cuando se cree la educación nacional para que el estado pueda disponer de un cuerpo de ciudadanos más aptos para el trabajo, para entender las órdenes y servir disciplinadamente en el ejército. Y en esa educación nacional, junto con la lengua y la aritmética fueron esenciales los libros de historia.

Los mensajes que transmitían esos libros de historia en los siglos XIX y XX se reducían al establecimiento de unos esquemas narrativos y unos paradigmas de conducta ajustados a la realidad que quería imponer el estado-nación. Un estado que se concibe como una comunidad imaginaria, es decir como un retorno a la vida de la pequeña aldea frente a la gran ciudad, nacida de las revoluciones industrial y agrícola. Ambas llevaron consigo la migración del campo a la ciudad, el desarraigo y la ruptura de todos los lazos de la solidaridad familiar o de la hermandad propia de los antiguos gremios, unidos a un notorio proceso de empobrecimiento y de bajadas de salarios, y a un deterioro de las condiciones de higiene y de vida.

Para frenar ese proceso de entrada en la *anomia*, como fue llamada por sociólogos y filósofos, se intentaron recrear los lazos comunes, ya fuese con la creación de hermandades y sindicatos, con el renacimiento de las redes de asistencia religiosas, y con la ficción de la comunidad nacional definida mediante una red de metáforas.

La patria, cuyo nombre hace referencia al padre, es sin embargo casi siempre una madre, la madre patria, porque el vínculo maternal es más fuerte que el paterno. Todos los ciudadanos son definidos como hermanos solidarios entre sí. Y esos ciudadanos se definen como una familia que posee unos antepasados imaginarios comunes, unidos por la fuerza de la sangre. La sangre y la tierra son los dos componentes emocionales sobre los que se asienta la patria. Esa patria posee un territorio sagrado y sus fronteras marcan un límite cuya transgresión es una violación, como la de las madres, mujeres e hijas, que solía ser consecuencia de las guerras reales. Todo en esa tierra y en sus países se entronca en lo más profundo del alma de los ciudadanos: los animales, los bosques, los cultivos, los ríos y las montañas, y de todo ello se intenta hallar recuerdos próximos a la infancia, como los recuerdos más profundos de los que disponemos, los de los olores y los sabores de la comida de la casa, asociada a las familias y a las madres.

En el siglo XIX los libros de historia, como la *Historia de la Guerra de los Treinta años* de Friedrich Schiller lograron éxitos de ventas, como los de las historias de Inglaterra, Francia o España, de David Hume, Jules Michelet, o Modesto Lafuente, o como la historia de Murguía para el caso gallego, que hacía competencia a las historias de España conservadoras, como la de Cánovas del Castillo, o liberales como la de Lafuente.

Con ellos alcanzaron las novelas históricas, como las de Walter Scott, un éxito extraordinario, unidas a la pintura historicista. Y paralelamente se procedió a revalorizar

la Edad Media como cuna de los pasados nacionales, a reconstruir iglesias y castillos en ruinas y a definir monumentos, obras de arte, manuscritos y libros como el legado de nuestros antepasados, como nuestro patrimonio nacional, paralelo al patrimonio familias, cerrando así el círculo entre familias.

La historia como relato de la vida de la nación se hizo creíble por estar incluida en la enseñanza nacional elemental, y por basarse sencillamente en hechos reales ocurridos en el pasado. Los hechos no se pueden discutir porque transcurrieron de una forma y no de otra, pero si se pueden seleccionar, y los historiadores lo hacen continuamente. Los hechos son como los ladrillos que forman las paredes de una casa, cuya forma depende de la manera en la que se los coloque.

Los historiadores de los siglos XIX y XX ordenaban los hechos para construir sus relatos. Y esas sucesiones de hechos en el tiempo se hicieron siempre como una misma estructura, pero con tres sentidos diferentes. Tal y como ha señalado Kenneth Burke, todos los relatos se componen de una acción, que tiene lugar en un escenario y posee un protagonista. Ese protagonista se enfrentará en el desarrollo de esa acción con uno o varios antagonistas, hasta que consiga su fin. Ese fin puede ser el matrimonio, si los protagonistas son una pareja, la salvación en este mundo o en el otro, si se trata de una iglesia, el retorno a casa, si se trata de un viaje, la victoria en la batalla o la guerra si estamos en una epopeya, o la liberación de una nación y un pueblo y la construcción de un estado, si estamos ante una historia nacional.

El protagonista de la historia nacional no es el rey, ni las dinastías, o casas reales, que se transmitían por herencia los reinos como sus patrimonios personales, sino una entidad colectiva, el pueblo, definido como una comunidad imaginaria. Ese pueblo podrá ser el protagonista de un relato ejemplar, si en él aparece su conducta como un modelo arquetípico que se repite una y otra vez, venciendo, por ejemplo, en batalla tras batalla contra diferentes enemigos que sustancialmente son siempre el mismo. Podrá ser el protagonista de un relato tradicional si lo que en él se puede ver son sus costumbres sus instituciones, creencias y modos de vida permanentes en el espacio y en el tiempo. Y podrá por último ser el protagonista de un relato genético, o crítico cuando la historia nacional no da por supuesta la existencia de la nación desde sus orígenes, sino que la considera el resultado final de un proceso complejo en el que unas alternativas se fueron abriendo mientras otras se iban cerrando.

Sea el relato el que sea lo cierto es que la historia nacional sirve como mecanismo de creación de una identidad política emocionalmente muy profunda, ya que en ella la patria y la muerte son dos términos que van en paralelo y se ofrecen a veces como alternativas decisivas a escoger. Es verosímil que así sea, mientras que no lo sería si las alternativas fuesen: “patria o pan”, o “patria o placer sexual”, porque en esos casos la elección no tendría dudas y la patria se llevaría la peor parte.

La historia creó en los siglos XIX y XX una red de comunicación, un discurso completo y cerrado, que fue capaz de generar infinidad de enunciados que solo fueron inteligibles si se compartían, como así fue, los presupuestos del discurso histórico constituido como lenguaje. El análisis de ese lenguaje solo es posible en una perspectiva pragmática, porque su contenido semántico es indisociable de las circunstancias históricas concretas. Así, por ejemplo, yo soy francés y tú alemán no significarán lo

mismo en la Guerra Franco-Prusiana, en la Primera Guerra Mundial, que en el marco de la Unión Europea.

Quienes crean esos lenguajes logran no solo que sus hablantes se entiendan mutuamente cuando hablan de lo que significa ser francés o alemán, sino que a la vez establezcan sus identidades respectivas apelando a los componentes emocionales que hemos citado. El valor de la historia y su impacto social en un determinado momento histórico no solo se mide por la calidad de las investigaciones y el rigor de los razonamientos, ni tampoco por los índices de lectura de los libros, aunque sean muy significativos, sino por la credibilidad de los enunciados históricos. Esa credibilidad no puede lograrse solo creando relatos históricos convincentes, sino que forma parte de todo un proceso social que establece de modo consensuado e inconsciente cuáles son las normas que permiten hacer creíbles una serie de enunciados.

Esas normas no pueden ser meramente coercitivas, y deben conseguir el asentimiento, sino que deben permitir también el crear un campo de expresión en el que los hablantes se sientan libres, aunque en realidad no lo sean tanto, y piensen que las ideas compartidas que formulan pueden ser su descubrimiento personal. El poder de todas las instituciones funciona como un sistema de transmisión de información y como un sistema de comunicación, pero ello no quiere decir que sea una construcción social arbitraria que pueda ser sustituida por cualquier otra, de la misma manera que no se pueden inventar naciones a partir de la nada.

Las instituciones son lo mismo que la vida de las personas. Sin personas no hay instituciones, ni tampoco personas al margen de todas y cada una de ellas. Las personas son reales, porque ante todo son realidades físicas y corporales que sienten placeres y dolores, que piensan y unas veces se alegran y otras se entristecen, y que unas veces viven en la guerra y otras en la paz, como decía el autor del *Qohélet*.

La historia y los historiadores, y sus compañeros filólogos, filósofos y demás cultivadores de las humanidades, no son más que una parte de un sistema. Y su credibilidad social y su reconocimiento, entre sus colegas y entre el público en general no depende solo de la riqueza de su documentación, ni de la pulcritud de sus trabajos o el rigor de sus razonamientos, sino de que su discurso puede echar raíces en el sistema lingüístico e histórico que configura la realidad social. En el siglo XIX, la edad de oro de los estados nación, los historiadores consiguieron ser el centro de la atención del público y los mimados y privilegiados en los sistemas de educación nacional. Pero en la actualidad la situación parece haber cambiado, no solo porque los estados son más administrativos que nacionales y se han convertido en grandes gestores de casi un tercio de la riqueza nacional, sino porque ha habido un cambio radical en los sistemas de comunicación y la vieja Galaxia Gutenberg, basada en la letra escrita y el discurso han pasado a ser sustituidos por los sistemas de comunicación globales, en los que se combinan textos, imágenes y sonidos y en los que los formatos digitales han generado inmensos flujos de información muy difíciles de procesar.

En ese proceso el historiador ha pasado gradualmente de ser el descubridor de la esencia de la nación al servidor de un público, ante cuyas exigencias debe plegarse. Los factores que han influido en ese proceso fueron de tipo transnacional en los campos militar, económico, social, político e ideológico, desde los momentos en los que las guerras nacionales se convirtieron en mundiales, en los que la técnica y las ciencias se

expandieron por encima de las fronteras, y en los que el mundo se dividió en dos grandes bloques ideológicos, tras la II Guerra Mundial.

Los estados nación consecuentemente tuvieron que dejar de definirse mediante las metáforas del parentesco que manejaban las ideas de vida y muerte y los sentimientos de fraternidad y odio al extraño y se convirtieron en administradores de los servicios públicos en el marco de un mercado global. Es por la mayor o menor calidad de esos servicios, concebidos como la plasmación concreta de los derechos de cada persona, con lo que se logra la adhesión del individuo al estado-nación, y ya no por la fidelidad a la patria que exigía el servicio militar obligatorio, que poco a poco fue limitándose debido a las transformaciones que imponían las nuevas armas en el desarrollo de las guerras.

Por un lado, la historia y las humanidades han sucumbido a la tentación pragmática de ofrecerse como conocimientos, ya no solo útiles, sino rentables, al ser capaces de colocar en el mercado los productos que la demanda exija, dejando en parte a un lado su misión esencial, tanto en el pasado como en el presente, de ser una parte fundamental de la educación que puede contribuir a hacer más inteligible la realidad en la que vivimos. Pero paralelamente el cambio de los sistemas de comunicación hizo que el texto impreso y el lenguaje oral en la comunicación directa entre las personas se viesen obligados a competir con el mundo de las imágenes.

La proliferación de las imágenes como medios de transmisión de la información supuso en cierto modo el retorno de la cultura oral y la resurrección de la comunidad, y fue por ello que McLuhan llamó a esa nueva cultura la “aldea global”. En la aldea global se incrementa la solidaridad mecánica entre las personas, aumenta el control sobre el individuo y los mensajes se difunden de forma masiva e intensiva, dificultando el desarrollo del pensamiento crítico y haciendo imposible el extrañamiento, o el distanciamiento entre la persona y el grupo.

Este desarrollo de la cultura de las imágenes, con el cine y la televisión primero y con la red digital global posteriormente, supuso un desafío para los historiadores, ya que el ciudadano medio asimila mucha más información de todo tipo, y también mucha más información histórica a través de estos medios que mediante la lectura de libros impresos en papel. Son esos medios los que configuran cada día la realidad y los que sugieren, e incluso imponen los temas de los que se debe hablar, la forma en la que hay que hacerlo, y por eso limitan extraordinariamente la iniciativa individual. Como los medios de comunicación de masas necesitan, bien empresas o bien poderes públicos que los hagan posibles, consecuentemente quienes los controlan se convierten en demiurgos modeladores de la vida social y las mentes individuales.

Y no solo ello, sino que además se crea una nueva configuración del tiempo y la memoria colectivos. En el discurso histórico el tiempo era un continuo en el que el pasado continuaba vivo de un modo o de otro en el presente, y en el que además se partía del principio de que no se puede prescindir del conocimiento de ninguna de las etapas históricas, porque todas son fundamentales para comprender el presente. Para la historia los hechos del pasado no solo eran una magnitud en bruto, sino que el entrelazamiento entre los unos y los otros producía algo así como el rendimiento del capital histórico. Y por eso cuanto más pasado se tenga y mejor se conozca más rico será uno. Si es cierto que el tiempo histórico es continuo, también lo es que la historia

exige tiempo para su estudio, que lograr su comprensión requiere tiempo y dedicación, y que gracias a ambos podemos sentirnos parte de un flujo continuo que merece nuestra atención.

En el mundo de la información, por el contrario, aunque el tiempo es lineal, sin embargo, pierde lo esencial de su continuidad. Una noticia tiene lugar en un marco espacio-temporal, pero para que se convierta en información es necesario que rompa la continuidad y que pueda resaltarse del telón de fondo de lo cotidiano, que, por su propia naturaleza, no parece poder ser noticia. Esa noticia no puede ser una ruptura total con su trasfondo porque debe tener sentido, además de referencia, y ese sentido se lo da el discurso que la ha seleccionado como objeto de interés y que le dedica su atención con mayor o menor intensidad.

El interés de las noticias se desgasta con el tiempo, siguiendo una curva de atención que es una campana de Gauss. Como una noticia es una fractura, una vez que se cierra desaparece del campo de la atención y es substituida por otra que le sirve como relevo. Las noticias son efímeras por definición, mientras que su trasfondo es continuo. Pero debemos distinguir dos tipos de trasfondos, el inmediato que permite darle sentido a la noticia, y el trasfondo general. El trasfondo inmediato es igualmente de corta duración porque no es más que el contexto necesario para hacer inteligible la información dada en un momento concreto, y desaparece cuando el conjunto de hechos que se suceden en un lapso breve de tiempo dejan de ser noticia.

En contra del paralelismo trazado por McLuhan cuando definió la aldea global, podemos afirmar que la memoria oral y la memoria de los sistemas de comunicación social son radicalmente distintas, ya que mientras la memoria oral se cultiva sistemáticamente y de forma continua y es inseparable de la cohesión del grupo, por el contrario en el mundo de la información la memoria se vuelve banal y no es cultivada por cada individuo, sino construida con unas técnicas muy concretas por parte de los medios de comunicación. Esos medios necesitan recurrir a consultas que les permitan explicar el contexto de la noticia, y para ello solían utilizarse hasta no hace mucho los libros de historia y de geografía, o libros como la colección *EL Estado del mundo*, que sintetizaban año a año la información esencial de cada país. Pero esos libros han pasado a ser substituidos por consultas en Google o la Wikipedia. En principio eso no tendría nada de malo, pero el problema surge cuando paralelamente en los medios de comunicación dejan de existir los periodistas especializados en temas o países concretos, y lo que antes era el producto de sus saberes, logrados gracias al estudio y a una amplia información que les permitían tener una visión personal de los temas, se substituye por una información acrítica y cada vez más banal.

Así los ciudadanos comienzan a darse cuenta de que para comprender el mundo en el que viven, la historia, la geografía y el resto de las humanidades han pasado a desempeñar un papel secundario, y consecuentemente decae su interés por el pasado. Da la impresión del que el párrafo del *Qohélet* que decía que los muertos no saben nada y que nada hay para ellos bajo el sol es cada vez más actual. Como lo es la idea de que el mundo es el mundo, que siempre fue así y lo seguirá siendo y que no se puede cambiar. A esa pérdida de interés no son ajenos aquellos historiadores que no dejan de afirmar que solo el presente inmediato es necesario para comprender la historia, porque la historia es una especie de mega-noticia. Ellos han creado las etiquetas del “historia del tiempo presente” y de “historia viva”, dando la impresión de que no necesitan el

pasado, porque el pasado nada tiene que aportarnos, como decía el *Canto del arpista*, o el poema de Jorge Manrique.

Ese grupo de historiadores, que parecen querer dar a entender que lo contemporáneo no tiene que ver con el presente –lo que no deja de ser curioso, ya que eso es lo que se suele decir de lo antiguo–, pretenden convertir a la historia en sierva de los medios de comunicación, y ofrecerse al dinero público como creadores subvencionados de bienes culturales, llegando a formular la idea de que la historia solo puede ser útil si es un medio instrumental más de industrias de consumo de masas, como el turismo.

El turismo no es exactamente una industria sino una realidad económica, social, y una parte del ocio de quienes lo disfrutan en sus vacaciones o su jubilación. El turismo y los viajes a media y larga distancia, que antes fueron patrimonio exclusivo del ocio de la aristocracia y la alta burguesía, son disfrutados en la actualidad por una buena parte del tejido social, lo que no deja de ser un logro. El turismo integra una serie de industrias centradas en los viajes y la hostelería fundamentalmente y en él la cultura desempeña un papel subordinado, puesto que el turismo única y exclusivamente cultural, separado del ocio y entendido como parte de un proceso educativo, posee una importancia menor.

En el turismo cultural, que es en el que las humanidades podrían aportar algo, lo que se quiere disfrutar, o consumir, son objetos no actuales: monumentos y obras de arte. Pero esos objetos forman parte de una demanda inducida, ya que su descubrimiento y conversión en modas culturales, depende de las guías turísticas, de las campañas de promoción, pública o privadas, y en ellas pueden desempeñar un papel relevante las autoridades responsables administrativamente de la cultura.

Los turistas de los siglos XVIII y XIX que hacían el *grand tour*, que podía llevarles hasta años, partían de lecturas previas y escribían muchas veces libros de viajes, como el *Viaje a Italia* de J. W. Goethe. Por el contrario, los turistas contemporáneos movidos por el afán cultural suelen visitar directamente los monumentos seleccionados por sus guías o las empresas de viajes. Pero también por las autoridades educativas, que deben incluir esos viajes en los itinerarios formativos dentro del estudio de algunas materias científicas y humanísticas. La visita más o menos rápida a un monumento no facilita muchas veces su comprensión, pues el interés que suscita deriva de su carácter exótico o grandioso y su interés depende muchas veces de las modas estéticas de cada momento, que pueden hacer que la Edad Media sea atractiva en un momento y la Prehistoria en otro.

Da la impresión de que en parte se pretende que los historiadores se conviertan en meros instrumentos auxiliares de la configuración mediática de la actualidad que se va haciendo día a día, o que ofrezcan productos culturales para el consumo, basándose en la rareza o el exotismo de los mismos, y siguiendo siempre el principio del mercado que establece que el valor es directamente proporcional a la escasez. Al lado de esto, pero en un papel secundario, seguiría viva la idea de que la historia es el lenguaje que permite establecer la identidad de los estados-nación, una idea reivindicada por los nacionalismos emergentes, pero también por los populismos de carácter conservador.

Al valorar el papel de la historia como sistema de comunicación debemos tener en cuenta estas realidades, que son las que hacen que los productos del saber histórico

susciten el interés y el asentimiento de las personas. No es la calidad técnica de la investigación histórica la variable fundamental que determina su prestigio, pues esa calidad solo puede ser apreciada por los especialistas, incapaces muchas veces de hacer una defensa de la historia que sea algo más que la de su profesión. Por eso entonar elegías acerca del descrédito de las humanidades no tiene mucho sentido, si no somos capaces de explicar porque las humanidades pueden ser fundamentales en el mundo globalizado por la economía y la información.

Vivimos en la Tierra, que es un sistema mundo y un proceso global a la vez. Sentimos la unidad física de nuestro planeta al observar el cambio climático, pero también nos damos cuenta de que le economía está totalmente integrada y de que un problema en la China, pronto se convierte en un problema global. Y por supuesto estamos viendo también militarmente que el mundo está formando un sistema estratégico complejo pero unitario. Y además de ello, y ahora para nuestro propósito lo más importante, es que el mundo es un sistema global de información y comunicación, que no podría funcionar sin las TIC. Y ese mundo nos obliga a reformular el papel de las humanidades, que deben utilizarlo como un recurso nuevo para lograr sus fines propios.

El sistema TIC depende en primer lugar de un consumo masivo y continuo de energía, necesaria para la producción de sus herramientas y para su utilización en un tiempo ininterrumpido. Es un sistema complejo, dotado de un altísimo grado de interconectividad, lo que puede hacerlo muy frágil y susceptible de colapsos parciales, o incluso de un colapso total, si se dejase de producir energía. Pero ese sistema, además de energía, necesita la inversión continua de capitales a nivel global, necesarios para la producción de las herramientas, para mantener su uso y hacer su posible su adquisición y consumo.

El sistema TIC utiliza sistemáticamente la demanda inducida y trabaja con la obsolescencia programada. Crea continuamente nuevas necesidades, que aparecen como demandas, cuando no son más que ofertas, y mediante ello consigue la dependencia de los usuarios, que deben invertir dinero sin cesar para mantener el consumo del sistema y modernizar sus herramientas en una carrera sin fin. Pero esa dependencia de los usuarios no solo supone un control económico, sino que también intelectual, personal y moral.

Los sistemas TIC, a pesar de que mejoran masivamente el procesamiento y la transmisión de información, son asimétricos. Y lo son porque en ellos se depende de los sistemas que crean el hardware, de los programas de software, y porque la mayoría de las veces los usuarios lo único que pueden hacer es moverse en un sistema utilizando las reglas que le imponen. Las TIC son como un lenguaje que se maneja a nivel inconsciente. Poseen su sintaxis, su léxico y ofrecen algunas posibilidades de desenvolverse en su ámbito. Todo ello, sin embargo, puede verse bruscamente interrumpido si el sistema falla por falta de energía, porque las autoridades políticas o económicas lo bloqueen en su totalidad como los cortes de internet en China, o porque se ejerce el control mediante la vigilancia y la censura.

Los usuarios de estos sistemas se creen libres, pero solo lo son parcialmente. Decía B. Spinoza que si las piedras tuviesen conciencia creerían que caen libremente cuando se precipitan en el vacío. Lo mismo puede ocurrirle al público en general y a

quienes cultivan las humanidades, si no se dan cuenta que en sistema de información y comunicación el medio es el mensaje, y de que utilizar emoticonos, por ejemplo, no es ser ingenioso y original, sino ser solo parte de un juego, y lo mismo ocurre con la producción de tuits, selfis o videos.

Las humanidades no requieren del uso masivo de la computación. Su uso de las matemáticas se queda en la aritmética y no llega al álgebra, y la estadística que necesitan es la básica. Por eso las TIC son para ellas unas herramientas entre otras a la hora de almacenar textos, hacer búsquedas o sistematizar y presentar información. En las humanidades las TIC no afectan a la estructura del conocimiento ni a sus contenidos. Por eso no debemos caer en el error de creer que presentar las mismas ideas en un nuevo formato, como el PowerPoint, es contribuir al avance del conocimiento. Por el contrario, puede contribuir a degradarlo, como ha señalado Franck Frommer en su libro: *El pensamiento PowerPoint. Ensayo sobre un programa que nos vuelve estúpidos*.

Si no somos conscientes de que las herramientas son un medio para lograr nuestros fines, y de que además hay herramientas fundamentales y otras secundarias, nos enfrentaremos a otros dos problemas, que pueden contribuir a hacer inútil a la historia y a las humanidades. El primero es la pérdida de la capacidad de asociación y de conseguir pensar sistemas complejos globales, o de seguir relatos extensos y complejos.

Para un usuario sin preparación el uso de internet favorece la superposición, o parataxis, sobre la sintaxis, como han analizado Nicholas Carr, un ingeniero y no un humanista en su libro: *Superficiales ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?* De la misma forma Jaron Lanier en su libro: *Contra el rebaño digital*, ha dejado claro algo que ya sabíamos, y es que este nuevo sistema de información y comunicación crea sus grupos sociales propios, en los que se puede lograr un nuevo control sobre las personas, como vemos, a veces de un modo dramático en el caso de los niños y adolescentes.

No somos los historiadores, filólogos y filósofos nostálgicas polillas amantes del papel, ni tenemos menos capacidad de comprender el mundo presente por pensar que todo el universo es un proceso y que, por lo tanto, es imposible separar cada una de sus fases y saber cuándo alguna variable ha dejado de ser determinante. Es verdad que algunos de nosotros pueden caer en esa tentación y ser presas de la nostalgia, lamentándose de que las cosas ya no son como eran.

A veces algunos otros, por el contrario, pueden pecar de presentismo y sentirse actuales por transmutar sus viejos conocimientos a un formato digital y darle un poco de imagen y sonido. Pero la mayoría de quienes sigue cultivando estos campos saben que, como profesionales, pueden ser no solo útiles, sino esenciales, si se quiere favorecer una ciudadanía racional y democrática, combatiendo los tres ídolos del presente, a saber: el mito de la democracia digital; el mito del mercado racional y el mito del conocimiento concluso.

El mito de la democracia digital

Si en la democracia formal se parte del principio jurídico abstracto de que todas las personas tienen los mismos derechos y deberes, lo mismo ocurre en el mundo

digital. En la democracia digital, estudiada por Matthew Hindman: *The Myth of Digital Democracy*, se parte de que cada usuario de un medio posee la misma capacidad de crear información, difundirla y configurar la opinión pública que todos los demás usuarios.

Esto no es modo alguno cierto, según los análisis de Hindman basados en un estudio masivo del tráfico de internet. Sus conclusiones son que los principales campos de búsqueda son: compras y búsquedas de noticias, correo web, contenidos para adultos, y búsqueda de datos. Si dejamos a un lado los contenidos para adultos, las compras y los correos personales o corporativos, lo que más nos interesa como historiadores es la búsqueda de noticias y la consulta de los blogs más influyentes. Puede comprobarse que las noticias que se encuentran en ellos son las que seleccionan las grandes agencias de información y los grandes medios de comunicación, y que las opiniones influyentes son las de los propios políticos y la de los grandes periodistas. Por eso podríamos decir que en el mundo de la democracia digital también algunos son más iguales que los demás, como en el mundo real.

Nuestra capacidad de asimilar información, que es la base de la historia y del conocimiento científico, es inversamente proporcional a su masa y a su velocidad. Pero es que además la potencia de asimilación de la información de un usuario depende de sus conocimientos previos, del software de sus *endocerebro*, y no solo del de los *exocerebros* que puede saber manejar mejor o peor.

La capacidad de asimilación de la información depende, además de la intensidad de su flujo y de los conocimientos previos del usuario, del tiempo de atención que le dedique a la misma. Y esa atención se rige por una campana de Gauss, cuya área puede estar controlada por quienes sirven, filtran y manipulan la información. La misión de las humanidades debería ser enseñar a cada ciudadano a ser su propio historiador, filósofo o filólogo, de tal modo que pudiese saber crear sus otros patrones de selección y comprensión de la información, los que, si bien no llegarían a ser los dominantes, si es cierto que podrían servir como alternativa para poder saber cuándo somos víctimas del engaño, y ser así capaces de formarnos una opinión racional como ciudadanos, que nos pueda permitir, si no gobernar, por los menos cambiar el gobierno, que es lo esencial en una democracia, tal y como había señalado K. S. Popper.

El mito del mercado racional

Desde el nacimiento de la economía política con Adam Smith se establecieron dos principios complementarios. El primero es que el mercado es un mecanismo autorregulado que tiende al equilibrio, del mismo modo que se logra el equilibrio en la circulación de los planetas en sus órbitas. Las fuerzas básicas del mercado, según A. Smith serían la oferta y la demanda, equivalentes a la atracción y la repulsión de la mecánica newtoniana. Pero esas dos fuerzas podrían llevar a la destrucción de la humanidad si el mercado no estuviese compensado por la solidaridad y los sentimientos morales, a los que dedicó su tratado: *Teoría de los sentimientos morales*.

Las TIC han producido cambios fundamentales en la transformación de los mercados desde la época de A. Smith hasta la actualidad. Ya en el siglo XX comprobó A. Schumpeter que el mercado no se autorregulaba de un modo perfecto por el equilibrio entre oferta y demanda. La demanda es muchas veces inducida por la oferta y

la obsolescencia programada lleva a incrementar la producción de bienes muy por encima del umbral de las necesidades.

Si a ello añadimos que los estados han pasado a controlar un parte esencial de la vida económica, al administrar casi un tercio del PIB, y que pueden controlar los mercados con sus políticas económicas y monetarias, veremos cómo, siguiendo a Justin Fox en su libro: *The Myth of Rational Market. A History of Risk, Reward, and Delusion on Wall Street*, la racionalidad de los mercados no es más que otra ilusión.

Pero esa ilusión se ha vuelto más compleja gracias a las TIC, porque han permitido incrementar exponencialmente los flujos de la información y crear algoritmos complejísimos para la inversión bursátil como los *Hedge funds*, o derivados del diablo, en la terminología de Nicholas Dunbar: *The Devils Derivatives*, que eran estructuras complejas de varios valores programadas siguiendo los modelos de la mecánica de partículas, al analizar las variables que regulan los valores bursátiles con las mismas ecuaciones que rigen el comportamiento de las partículas y definir la bolsa como una sucesión de ondas.

Si a esto, que llevó a la crisis mundial del 2008, unimos la manipulación de la moneda, creando las monedas digitales que en realidad son valores bursátiles confinados en el mundo digital, y solo válidos cuando se convierten en moneda acuñada por los bancos nacionales, veremos como todo el sistema monetario podría entrar en un riesgo global, tal y como ha señalado James Richards en su libro: *The Death of Money*.

En este complejísimo mundo financiero global nada tendrían que aportar las viejas humanidades, si no fuese cierto lo que ya había señalado A. Smith, y es el que el mercado no puede existir, ni nunca ha existido, al margen de los valores morales, sociales, del derecho que pueden regularlo, de las ideas políticas y de las estructuras del poder militar, cuando no de las propias limitaciones ecológicas de nuestro planeta, que estudian los geógrafos.

Como eso es así, ahí es donde las humanidades han de hallar su lugar, aportando los datos y los modelos que expliquen de alguna manera lo que ya ocurrió en el pasado de un modo similar. Llevando a cabo una labor de crítica en paralelo a la del mito de la democracia digital.

Y lo mismo ocurrirá en el caso de:

El mito del conocimiento concluso

Si el universo físico y químico, geológico y biológico, histórico y social es un proceso, es evidente que no puede ser posible un conocimiento concluso. Es decir, un conocimiento cerrado sobre sí mismo, perfecto en sus estructuras y sus métodos y solo mejorable en sus nuevos datos o sus detalles.

Sin embargo, esa es la imagen del conocimiento científico que se está ofreciendo en la actualidad. En ella las ciencias son un sistema integrado que en lo esencial abarca todo tipo de conocimiento posible. Un sistema solidario del poder económico, ya que necesitan de las técnicas, y del poder político y militar. Ciencias, mercado y estado serían los tres vértices del triángulo del conocimiento. La única alternativa para la

humanidad es vivir dentro del área de ese triángulo, cuyo cultivo corresponde a los investigadores y cuya transmisión a la enseñanza. Dentro del triángulo, unos viven en la base y otros más cerca del vértice superior. Por eso, de lo que se trata es de ascender en él con el trabajo y el esfuerzo e imitar a los que están arriba, para algún día poder ser como ellos.

Al público esta idea compleja se le ofrece de un modo simplificado haciéndole creer que todo lo que se puede saber ya está en la red y que cualquiera puede tener acceso a ello. Es evidente que no es así, porque no se puede procesar la información sin conocimientos previos. Y además porque se ha llegado a olvidar que todo el conocimiento digitalizado ha sido introducido en el sistema por alguien, y que los motores de búsqueda, si no se saben utilizar con agudeza llevan siempre a los mismos resultados banales.

Por eso disipar este tercer mito es la tercera misión de la historia y las humanidades. Pueden hacerlo si saben contemplar el mundo, porque tienen la ventaja de ser conscientes de que todo es un proceso, de que no hay datos sin teorías ni teorías sin datos, y que lo que todos tenemos en común es la capacidad de percibir, de pensar, de argumentar y de persuadir racionalmente a los demás, siempre en la medida de nuestras capacidades y posibilidades.

Los humanos somos frágiles como cañas, tan frágiles como decían los textos con los que habíamos comenzado, pero somos cañas pensantes, como dijo Pascal. Tampoco somos ni ángeles ni demonios, y sabemos que quien hace de ángel hace también de demonio. Pero en nuestra fragilidad podemos mantener encendida la llama de nuestra lucidez y así concluir con un epitafio ideal para los historiadores, expresado en los versos de Leonard Cohen:

*Like a bird on the wire
Like a drunk in a midnight choir
I have, in my way
to be free.*

Bibliografía

Ancient Near Eastern Texts. Relating to the Old Testament, ed. James B. Pritchard (Princeton: Princeton University Press, 1975).

Anderson, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on History and Spread of Nationalism* (London: Verso, 1991).

Ankersmith, Frank, *Narrative Logic: A Semantic Analysis of the Historian's Language* (La Haya: M. Nijhoff, 1983).

Bermejo Barrera, José Carlos, *The Limits of Knowledge and the Limits of Science* (Santiago de Compostela: USC Editora, 2010).

Biblia de Jerusalén (Bilbao: Desclée De Brouwer, 1975).

Bing, Stanley, *Rome, Inc. The Rise and Fall of First International Corporation* (New York: Atlas Books, 2006).

Bottero, Jean, y Kramer, Samuel Noah, *Quand les Dieux faisaient l'homme* (París: Gallimard, 1989).

Carr, Nicholas, *Superficiales: ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?* (Barcelona: Taurus, 2011, 2010¹).

Dunbar, Nicholas, *The Devil's Derivatives* (Boston: Harvard Business Review Press, 2011).

Fox, Justin, *The Myth of Rational Market. A History of Risk, Reward, and Delusion on Wall Street* (London: Vision Books, 2010).

Frommer, Frank, *El pensamiento PowerPoint. Ensayo sobre un programa que nos vuelve estúpidos* (Barcelona: Península, 2011. París, 2010¹).

Gil Fernández, Luis, *Censura en el mundo antiguo* (Madrid: Revista de Occidente, 1961).

Goody, Jack, *The Domestication of Savage Mind* (Cambridge: Cambridge University Press, 1977).

Goody, Jack, *The Logic of Writing and the Organisation of Society* (Cambridge: Cambridge University Press, 1986).

Havelock, Eric, *Prefacio a Platón* (Barcelona: Paidós, 1994, 1963¹).

Hindman, Matthew, *The Myth of Digital Democracy* (Princeton: Princeton University Press, 2009).

Jones, Adrian, *Piratería. La lucha por la propiedad intelectual de Gutenberg a Gates* (Madrid: Akal, 2013).

Kemp, Barry, *The Estrangement of the Past* (Oxford: Oxford University Press, 1991).

Lanier, Jaron, *Contra el rebaño digital* (Barcelona: Debate, 2011).

Lévi-Strauss, Claude, *El pensamiento salvaje* (México: FCE, 1964. París, 1962¹).

Lowenthal, David, *The Past is a Foreign Country* (Cambridge: Cambridge University Press, 1985).

Lowenthal, David, *The Heritage Crusade and the Spoils of History* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998).

Lucía Mejías, José Manuel, *Imprenta y libros de caballerías* (Madrid: Ollero y Ramos, 2000).

Maine, H. Summer, *Ancient Law. A Connection with de Early History of Society and its Relation to Modern Ideas* (London: J. Murray, 1939, 1861¹).

Morgan L. H., *La sociedad primitiva* (Madrid: Ayuso, 1971. New York, 1877¹).

Rickards, James, *The Death of Money. The Coming Collapse of the International Monetary System* (Hardmondsworth: Portfolio, Penguin, 2014).

Smith, Adam, *Teoría de los sentimientos morales* (México: FCE, 1941).

Tönnies, Ferdinand, *Comunidad y asociación* (Barcelona: Península, 1979, 1887¹).

White, Hayden, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* (Baltimore, London: The Johns Hopkins University Press, 1973).

Perfil académico

José Carlos Bermejo Barrera es catedrático de Historia Antigua en el Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Compostela (España). Es autor de numerosos libros de teoría de la historia e historia de las religiones, siendo sus trabajos más recientes: *Historia y melancolía* (Madrid: Akal, 2019), *La tentación del rey Midas. Para una economía política del conocimiento* (Madrid: Siglo XXI, 2015) y *Sueños para unas sombras. Caminos del mito griego* (Santiago de Compostela: Enxebre Books, 2014).

Academic Profile

José Carlos Bermejo Barrera is Professor of Ancient History in the Department of History at the University of Santiago de Compostela (Spain). He is the author of several books on theory of history and history of religions, his most recent titles being *Historia y melancolía* (Madrid: Akal, 2018), *La tentación del rey Midas. Para una economía política del conocimiento* (Madrid: Siglo XXI, 2015), and *Sueños para unas sombras. Caminos del mito griego* (Santiago de Compostela: Enxebre Books, 2014).

Fecha de recepción: 11 de junio de 2022.

Fecha de aceptación: 17 octubre de 2022.

Publicación: 31 de diciembre de 2022.

Para citar este artículo: José Carlos Bermejo Barrera, “Información, comunicación e historia”, *Historiografías*, 24 (julio-diciembre, 2022), pp. 71-102.